

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación trimestral de los Servicios Culturales de la Excma. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

SUMARIO

	Páginas	
¿Dónde estamos?	3	<i>Narciso Sánchez Morales.</i>
Nuestros clásicos.—De lo que es amor (Oda VII)	9	<i>Juan Meléndez Valdés.</i>
Recuerdos.—Cuando vestí mis primeros pantalones largos	10	<i>Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros.</i>
Ideario Extremeño	12	<i>Donoso Cortés.</i>
Canto a Chamizo	13	<i>Manuel Delgado Fernández.</i>
El escritor y el estilo	21	<i>Emilio Martín de Cáceres.</i>
Pensamientos	24	<i>Saint Pierre, Fenelón y San Pablo</i>
Tierra	25	<i>Jesús Delgado Valhondo.</i>
Hombre	26	<i>Manuel Pacheco.</i>
Amores de Invierno	27	<i>Victor Chamorro.</i>
Entrevista con Víctor Chamorro	32	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Fruta prohibida	37	<i>José Canal.</i>
El Corpus Español	41	<i>Marcelino González Haba.</i>
Páginas antológicas.—La melancolía	45	<i>Teodoro Llorente.</i>
La profesora adjunta	47	<i>Eladia Montesino.</i>
Loco amor	60	<i>Fernando Bravo y Bravo.</i>
Hablar por hablar	61	<i>Augusto Oliver Marcos.</i>
Versos de ayer	65	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
Crítica sin hiel	79	<i>«Un Aprendiz de Hablista».</i>
Julio Romero	82	<i>Manuel Monterrey.</i>
In memoriam.—El escritor cacereño Francisco Marcos López	83	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Noticia de Revistas	85	<i>Equis.</i>
Libros recibidos		
Láminas		
		<i>X, Arribas, García Garrabella y Cia., Mohedano y Javier.</i>



ALCANTARA



D. Legal. CC - 26 - 1958

Año XX

ENERO a JUNIO, 1966

Núm. 146

¿DONDE ESTAMOS?

Por NARCISO SANCHEZ MORALES

ESTAMOS en crisis, en el punto de flexión de una curva, cuya dirección a tomar nos es totalmente desconocida, en la experiencia. Es la hora de los profetas, de la agudeza mental para intuir qué rumbo va a seguir la barca del mundo. Claro está que la historia es maestra de la vida y su pasado es la rampa de desplazamiento para el vuelo del instinto intuitivo de los pensadores-profetas. Tres giros esenciales ha sufrido la curva de la Geopolítica: primero, aquel por el que el sedentarismo, con el cultivo de los campos y el aumento de los medios alimenticios, transformó en comunitaria la actividad individual del hombre. Un segundo giro fue la erección de la ciudad, como centro de atracción e irradiación de una dirección política. Un último y tercer rumbo fue el que emprendiera la sociedad en los siglos XVIII y XIX, con la iniciación de la revolución industrial. Nos enfrentamos con un novísimo derrotero, aquél que nos viene impuesto por la revolución higiénica de la medicina y por el progreso de las ciencias atómicas.

Estamos abocados —y sigo en esto a cuanto el P. Frisch señala en «Orientierung» de Mayo— a una explosión de superpoblación, con la consiguiente crisis de alimentación, del surgir de las Megápolis y de la nueva estructuración de una sociedad, que se despegará, no sólo del campo, sino incluso de todo aquello que signifique atadura a pueblo, ciudad, nación o estado. ¿Se han agotado los símbolos que ca-

talizaban la estructuración, que era al fin y al cabo, subordinación, orden y jerarquía?

Mucho se comenta hoy a Teilhard de Chardin y habrá que aceptar con él el progreso de la consciencia humana, por la que cada uno «sabe que sabe» y, por ende, todo individuo se siente persona. Esta evolución termina con los últimos bastiones del feudalismo, y el concepto de señor y siervo desaparece del mundo surgiendo una crisis que amaga con la anarquía. Si todos se sienten personas ¿cómo restablecer la jerarquización y el orden? El problema arranca de dos puntos: por un lado, de la revolución medicinal e higiénica que salva de la muerte prematura a millones de criaturas, que antes no rebasaban la pubertad, acortando con ello la reproducción y el crecimiento de la especie humana; por otro, de la revolución científica, que impone un ritmo de velocidad a la vida, incapaz ya de desenvolverse en campo, ciudad y nación. Si prescindimos de los pueblos cerrados, —o que nosotros hemos cerrado a todo diálogo, cual sucede con la China comunista, no siguiendo en ello el sabio consejo de Pablo VI a las Naciones Unidas—, el resto de las naciones tiende a la universalidad y al entendimiento humano de todos los pueblos. Podríamos decir que el problema se reduce a uno: al del «pluralismo», un pluralismo que viene a liberar, o mejor dicho, a relevar la democracia de masas. Anton Böhm, en el «Rheinischer Merkur» del 20 de este mes, dedica amplias consideraciones a este relevo de la «Sociedad de Masa» por una «Sociedad pluralizada». Hoy día ya no bastan los clásicos poderes, legislativo, ejecutivo y administrativo, para dominar la masa. Han aparecido nuevos poderes que caracterizan a la actual sociedad: los partidos políticos, las asociaciones, los medios de comunicación y las élites técnicas. Hoy día vale tanto el derecho de pluralidad como el principio de mayoría. La pluralidad en la política es una exigencia de la libertad. Hay que llegar, pues, a la elaboración de una nueva doctrina, la del pluralismo.

Con esto no queremos aceptar la reversibilidad de este derecho de pluralidad al campo religioso. En este último, el pluralismo es un medio, una expresión de tolerancia ante un mundo imperfecto que el cristiano, sin renunciar al espíritu misionero que le inculcó su divino Redentor, debe perfeccionar y llevar a la unidad religiosa, unidad que sólo será conseguida al fin de los tiempos. De ahí que se perfila una teología política, en cuanto la relación entre fe y mundo no puede concretarse en una escatología creadora de raíz prometeica. En esto no nos llena T. de Chardin.

Vivimos una teología de la esperanza, una teología, como esca-

teología, ya que fe y mundo se fundirán en uno al fin de los tiempos. Mientras, como cristianos tolerantes que no debemos convertir por la violencia, física, psicológica y espiritual, debemos aceptar la pluralidad religiosa y hablar y convivir con cuanto ser humano pulula por la faz de la tierra. El ideal del cristiano es la unidad en Cristo, pero paradójicamente debe misionar en un ambiente de pluralismo.

Queda claro que es *ideal* o ideología nueva el pluralismo social y que igualmente es *permisión*, ambiente, el pluralismo religioso. ¿Qué otro significado puede darse a la parábola del trigo y la cizaña? Y sin embargo el Señor aconsejó no segar la mies antes de tiempo, ni siquiera transplantar trigo junto a trigo, cizaña junto a cizaña. Quería que su sol y su agua, su primavera y su otoño, su bendición y su reprobación cayeran sobre buenos y malos, sobre predestinados y réprobos.

¿Qué otro comportamiento se podía pedir de Aquél, que vino a los suyos y los suyos no lo recibieron, que partió las tinieblas para exaltar y glorificar la luz?

¿Cómo podía explicarse su Redención si no hubiera cautivos y cómo entonar luego, con su Iglesia, la bellísima y significativa salmodia del O Felix Culpa, que reverdece el leño seco de la Cruz y, a veces, seca y rasga la frondosa pero estéril, higuera? No obstante, El, a más de Redentor, es el Pleroma de la Creación Redimida.

* * *

Nos enfrentamos con la dualidad mundo e Iglesia, dualidad que no es anticontra, sino dos sociedades que *situadas en un mismo plano*, se enzarzan y destrozan, pero que, *escalonadamente*, se superponen, perfeccionando la segunda a la primera. La Iglesia, «semper corrigenda», como plasmada en hombres de carne y hueso, ha cometido errores a través de la historia, errores que ella ha corregido y la han proporcionado avances en la santa sabiduría. Cristo, en su Iglesia, también crece en edad y sabiduría. El tiempo va dando lecciones a esta niña, la Iglesia, que sigue creciendo en ciencia, hasta que como gran Matrona se siente, gloriosa, a la diestra de Cristo.

La intromisión del poder espiritual en el temporal ha concluido. La Iglesia, Señora en el Medievo, cada día se siente más sierva, más «ancilla Domini».

Ella acepta la Sociedad como Naturaleza, en la que tiene que encarnar la Sobrenaturaleza, que ella representa. Así admite la pluralidad social, el estado actual del mundo, la jerarquización universal

que va imponiendo la ciencia y la técnica. Al mismo tiempo *permite* esa otra pluralidad de religiones y cultos, que tienen un común origen, la revelación de la naturaleza, sometida, como tal, a excrecencias vegetativas, deformaciones que la convierten en enmarañada selva. ¿Cómo abrirse paso a través de tan denso bosque? Primero no talándolo, sino aceptándolo y arreglándolo, para convertirlo en el más hermoso huerto donde pueda recrearse el Señor cuando llegue a nosotros en su definitiva Parusia. El jardín, no lo dudemos, estará a punto para el preciso momento de aquella hora, que nadie conoce; pero, mientras, la historia se realiza, y perfecciona y mejora tan salvaje naturaleza.

¿Cómo influirá la Iglesia sobre el mundo? Tal como lo concebía San Agustín en su «Civitas Dei»: conformando a los hombres con la ley moral. La Iglesia, en lo político, no puede actuar más que imponiendo el orden, es decir, predicando la ley moral.

Son dos unidades corpóreas de esencia distinta: el mundo, ese mundo al cual vino Dios para redimirle de los dolores de parto y glorificarle al fin de los tiempos, organismo social que guarda paralelismo y semejanza con el otro mundo, el de Dios, el de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo.

Dos unidades distintas que guardan no sólo semejanza, como proporción matemática de constante infinita, sino también como proporción de módulo, en cuanto el primero se perfecciona cuanto más imita al segundo. Son de esencias distintas, pero el caos se convierte en cosmos, cuanto más se inmerge en la vitalidad espiritual del Cuerpo Místico de Cristo. Sin embargo la estructura orgánica del mundo a organizar, guarda similitud de esencia con los demás elementos, muertos y vivos, de la naturaleza. Aquí coincidimos con Juan Zaragüeta, al explicar en ABC del 24 de Mayo de este año, el organismo social que constituye el mundo.

El organicismo social de Spencer se basa en la afinidad o analogía que guardan los seres vivientes unos con otros.

Estamos con Zaragüeta en que los vínculos que unen a los hombres en sociedad, como pluralidad celular, son los de simple información, de conformación, de afección y de cooperación. El vínculo de cooperación, innato en el hombre, como en todo ser viviente, es el que presta capacidad a la sociedad para estructurarse jerárquicamente: incluye la diversidad de funciones, con la conveniente escala de subordinación y jerarquía. Se manda y obedece en función de la necesidad de vínculo que elimina toda posibilidad de muerte de dicha Sociedad.

Cada individuo —dice Zaragüeta— actúa como una célula con vistas a una *finalidad de conjunto*, por lo que se beneficia en orden a su propia vida individual.

He aquí como lo que estructura tanto al mundo social como al mundo espiritual, al organismo social como al Cuerpo Místico de Cristo, a Naturaleza como a Sobrenaturaleza, se convierte en vínculo de finalidad universal, a la que se subordinan las finalidades de los individuos. ¿La finalidad del mundo social coincide con la finalidad del Cuerpo Místico de Cristo? Aquí vuelve a surgir la pregunta inicial: ¿Dónde estamos hoy?

* * *

Nos encontramos ante una sociedad pluralizada, sobre la que nada un espíritu religioso, tendente a la unidad. La realidad tangible es la pluralización, el ideal es la unidad. Como el cristiano, sin pertenecer al mundo, está y vive en el mundo, debe cooperar en lo social a esta pluralidad, para hacer posible la plasmación de su unidad total. Somos un todo en fragmentos y como fragmentos tenemos que ensamblarnos para constituir el todo.

En función de ese pluralismo social, el cristianismo debe misionar en un ambiente de tolerancia, de tolerancia activa y pasiva. Activa, en cuanto que el cristiano no debe formar, física, psíquica y espiritualmente, la conversión o metancia del mundo a Dios; pasiva, en cuanto que como elemento constitutivo de la sociedad, debe exigir de ésta, tolerancia para predicar y misionar su gran doctrina religiosa.

No hace ni siquiera dos meses que, en el lago Chiemsee, se ha vuelto a entablar el diálogo entre cristianos y comunistas, diálogo que ya se iniciara el año pasado en Salzburgo. Teólogos, filósofos y científicos, de formación religiosa distinta, han vuelto a exponer sus puntos de vista, tendentes a conseguir una tolerancia religiosa.

El meollo del diálogo versó sobre la metafísica de cristianismo y del comunismo y de sus respectivas influencias en el orden de un futuro mejor. «¿Por qué —decía el P. Rahner— cristianos y comunistas no se consagran a planear un futuro, que es desconocido a ambos? ¿Por qué no patentizar ambos, de una manera más evidente, lo que es justicia, libertad, dignidad, unidad y diferencias de la sociedad? El cristianismo no exige un futuro determinado y esperamos que el marxista no crea que, con sus planes quinquenales, tiene la solución en el bolsillo». Y luego concluía: «El teólogo puede preguntar a sus

hermanos los marxistas si el Cristianismo debe ser perseguido por un Marxismo poderoso políticamente, con la sola finalidad de que el hombre pueda ser liberado de la esclavitud y del extrañamiento. El teólogo se pregunta, si más bien no se debía conceder libertad al Cristianismo, cuando desde diversos puntos de vista, se aspira a una idea liberal de la libertad; si acaso no fuera mejor para una sociedad marxista —para que no degenerara en tiranía—, el que ella también aceptara que un humanismo cristiano puede salvar al hombre, o el que se dejara al futuro determinar qué teoría pueda ser aceptada por la práctica». De utilidad resultó el diálogo cuando el socialista húngaro Szigeti expuso que «la propaganda, tanto atea como religiosa, debe circunscribirse a unos términos que sirva a los intereses de una común actividad». El comunista francés Garoudy afirmó: «He dicho, de una manera clara, a mis amigos los soviéticos, que sus teorías, de que la religión lo único que hace es separar al hombre del trabajo, resultan ya anticuadas. La religión más bien desempeña un papel positivo y progresivo».

Estamos, por cuanto hemos expuesto, en una superación de la crisis de los siglos pasados (XVIII y XIX), causa de las internacionales socialistas y marxistas.

Tanto Cristianismo, como Marxismo y Ateísmo, se enfrentan ante otra crisis, la crisis del pluralismo social. Lo transcendente subsistirá y tendrá que buscar soluciones para el problema. Nosotros, los cristianos, somos ese transcendente que debe continuar influyendo en el destino del mundo, pero a nuestro lado pueden cooperar otras tendencias, religiosas y sociales, también consagradas a salvar al hombre, en lo temporal y eterno. Condenamos la forma en que lo hace el marxismo actualmente.

Sin embargo, el mundo tendrá que aceptar que sólo por el teísmo, nunca por el ateísmo, la Naturaleza puede organizarse pluralísticamente para recibir la Sobrenaturaleza, que en nosotros es Gracia y en los demás teístas, Transcendencia. No hay que estimar en un mismo plano Sociedad e Iglesia, pero esta última es el instrumento más apropiado para informar a la primera. Y aceptamos como Iglesia, no sólo aquella a la que pertenecemos por el bautismo con un acto de fe explícita, sino también a aquella otra, que recoge a tantos pueblos y razas por una *fides implícita* y que constituyen lo que hoy es designado por Cristianismo Anónimo.

Cáceres, 29-5-66.

NUESTROS CLÁSICOS

De lo que es amor

(Oda VII)

Pensaba cuando niño,
Que era tener amores
Vivir en mil delicias,
Morar entre los dioses;

Mas luego rapazuelo
Dorila cautivóme,
Muchacha de mis años,
Envidia de Dione;

Que inocente y sencilla,
Como yo lo era entonces,
Fué a mis ruegos la nieve
Del verano a los soles.

Pero cuando aguardaba
No hallar ansias ni voces,
Que a la gloria alcanzasen
De una unión tan conforme,

Cual de dos tortolitas
Que en sus ciegos hervores
Con sus ansias y arrullos
Ensordecen el bosque;

Probé desengañado,
Que amor todo es traiciones,
Y guerras y martirios,
Y penas y dolores.

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS